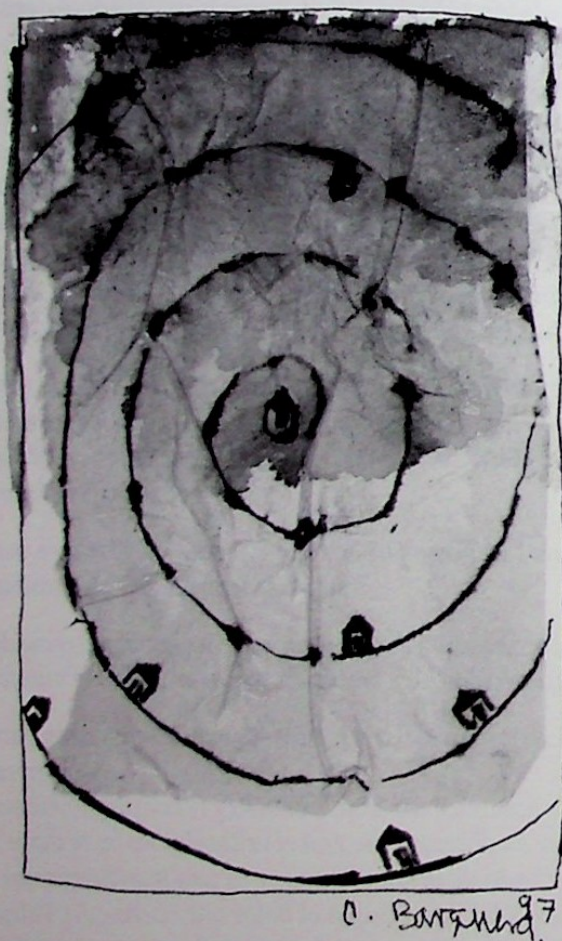

Desmemoria

[cuento]

AMABLE FERNÁNDEZ



Al día siguiente, en un nido de águilas, como echado en la vaciedad de una modorra o embriaguez, despertó en el enredo de las ramas muertas: aquel eucalipto (bajo el asedio del verano o el hostigamiento de la resolana) no era sino una desgarradura de músculos y tendones, un esqueleto achicharrado bajo el negror de tanto hollín.

El árbol parecía una calavera erguida.

Su imagen de insecto calcinado, de paraguas chamuscado, estiraba la miseria de su sombra hacia la garganta del abismo. La niebla (al brotar de los pulmones del barranco) hacía imaginar el resuello entrecortado de quien se asfixia, o la brusquedad con que estornudan los incendios.

En la borrasca parecía que el viento vomitaba. Y él —como si bajo la lluvia hubiese atravesado aquella turbulencia de hojas secas— tenía mariposas destrozadas, como tatuajes, en la piel. Hilachas de moho, trozos de algas, de juncos y desgarraduras de batracios le ceñían al cuerpo una semejanza de lombrices verdes. Cicatrices o bejucos muy delgados, sobre manchas de estiércol, le tejían en la espalda una telaraña de aspecto y olor aborrecibles. En brazos y piernas —según pudo ver, entre los rasguños hechos con el filo de piedras sumergidas, troncos, huesos, alambres— también retenía residuos malolientes.

AMABLE FERNÁNDEZ (Venezuela, 1950). Ha publicado dos libros de relatos: *¡No quedará piedra sobre piedra!* (1989) y *Las paredes oyen* (1a ed., 1991; 2a ed., 1995), la *rebelión de los difuntos* (novela, en imprenta), y tiene inéditos: *Consejos para no morir*, *La noche es una*

hazaña y *Memoria de los cimientos* (cuentos). Actualmente, en Merida, asesora el *Taller de Literatura de la cárcel estatal*; coordina la página cultural del *Diario Frontera*; dirige y redacta el *mensuario Humanidades* (Facultad de Humanidades, Universidad de los Andes.)

Recordó que —al borde del desmayo, como una bestia caída en el pantano— luchó contra el limo aceitoso de la ciénaga, en aquel lugar sin linderos, lejos del mundo. Aquella porquería densa de las aguas (especie de babas de saurio, con lengua de asco, al lamerlo con avidez de gula insatisfecha) quiso tragarlo hasta el fondo de la ciénaga, donde el negror de las aguas producían burbujas de aire caliente que —al subir a la superficie, con ruido ronco de estrangulado— reventaba en chasquidos cuya fetidez indicaba podredumbre de cadáveres descompuestos.

Después de verse libre, lejos del limo hambriento de las charcas, entró en el bosque, en el último pueblo de árboles.

Allá, detrás de la colina, en la cascada —líquida vidriera móvil— revisó de pies a cabeza la desnudez que cubría su figura, gacha por la joroba simia del desfallecimiento. Lo asustó la brusquedad de su aspecto, el desaliño lastimoso de su persona, porque en todo él la navaja de la mugre había desfigurado cualquier indicio humano.

Espantado de sí mismo tuvo miedo de ser atrapado por la soledad más absoluta o caer en poder de las bestias, de las alimañas que pudieran haber sobrevivido. . .

Una azulidad de niebla, bruma de anochecer, le amarró la mirada a la lentitud de la cautela. Mientras caminaba por un sendero angosto, bajo los árboles, los ramajes —especie de garras, picos, uñas largas o aguijones, al rozar sus hombros o arañar su rostro— le trazaban mapas de escozor en la piel.

Sin embargo, lo más raro fue no escuchar sus propios pasos.

También le extraño el grosor de la alfombra que sobre el suelo extendía la hojarasca. ¿De dónde habían salido tantas hojas secas? El agotamiento, el saber que aquel sitio desconocido podía ser el único habitable, el último rincón vivo en la Tierra, le desmoronaba el ánimo. Ya arrastraba los pasos, perdidos en el laberinto de la desorientación. No obstante supo vencer la debilidad de detenerse, de caer sin ese peso enorme que le impedía reposar para siempre.

Y no se detuvo ni para preocuparse. . .

Ni pareció importarle nada cuando tuvo la rara sensación de estar desandando sus pasos. Comprobó

que el dolor de sus pies, como si el escozor tuviese medida, encajaba perfectamente en la forma de unas, por demás extrañas, enormes huellas (que —desde luego, ahora, según podía comprobar, como antiguos moldes— el sol ya había secado sobre el barro). Por esta misma razón, la de avanzar observándolo todo, fue que más adelante, bajo la tupida arboleda, sintió en los pies la humedad descalza de la tierra.

Le pareció desandar sobre la fragilidad sepia de su propia sombra.

Porque si no, ¿la lluvia habría ablandado tanto las hojas para que ahora sus pasos no sonaran como antes, sino como galletas crujientes?

La umbra azul le hizo tambalear y —con toda certeza— no estaba ebrio.

Entonces dedujo: “La única manera de salir de aquí es penetrar el vaho cerúleo de la oscuridad. Tendré que atravesarlo de extremo a extremo, como a la turbiedad de un sueño, aunque todavía no conozco su dimensión exacta. . . No sé porqué presiento que la última luz del horizonte se esconde en el humo frío de esta niebla, bajo el techo roto de tanta sombra”

Después, al tantear como ciego (diciéndose: “agárrate de las ramas más bajitas, aférrate de los pocos arbustos, sostente de las hierbas, afínca tus pisadas”) pudo irse tras el acertijo de su propia confusión: “¿Por qué me hallo ahora en medio de todo este devastamiento? ¿Por qué estoy aquí como un animal desorientado, en estos parajes donde casi todo me es desconocido? Desde luego, no recuerdo haberme movido de mi casa ni salido de viaje; sin embargo este bosque tiene similitudes con el parque donde, antes de un concierto, de vez en cuando, suelo pasear por las tardes”.

No encontraba respuesta a su confusión. Mucho menos se explicaba la causa por la cual, de pronto, ahora mismo —mientras, en medio de una orquesta imaginaba a su hija tocando el violín— la levedad de un tarareo lo suspendía en el aire (como a esas cartas que el desamor echa al viento del olvido). ¿Cómo podía ocurrirle tal cosa, si el viento no soplaba en aquel momento? ¿Lo arrebatava un vértigo de alas insomnes, vuelo de ráfagas invisibles? ¿De dónde habían salido tantas hojas, si los árboles estaban muertos? ¿No se había agrietado la tierra, ahogada por diluvios o carcomida por el roer de la sequía?

Más lo abrumaba la incógnita que la fatiga.

Hizo esfuerzos para no dejarse amedrentar por el asedio de la sed, del hambre, del agotamiento. Tras un rato de descanso, aterido por el recuerdo de lejanas heladuras, queriendo dominar el sofocamiento de la angustia ante la incertidumbre y la desorientación, se interrogó: "¿A dónde iré ahora? ¿Con quién sino en compañía de mí mismo podré ir a ninguna parte?"

¿No bastaba con la confusión?

Porque la desolación lo desanimaba.

Peor era no saber la ruta de aquel atajo. Tampoco pudo asegurarse si la dirección en que iba conducía a la salida o regresaba hacia el principio de aquel laberinto.

"Ésa es mi realidad. . .", dedujo.

Y comprendió: "No tengo alternativa".

Ahora, entre confusión y angustia, dudaba si la desesperación le cegaría en el supremo instante, cuando la serenidad —la calma, el aplomo o la entereza— es el único impedimento ante la fatalidad (porque, en estos casos, el terror se puede convertir en riesgo de perder el hilo de la razón y —por ello, al borde del desquicio, de la locura— no pocos han llegado al suicidio).

Frente a la inmensidad del caos, del desastre, sus pupilas se le hincharon de espanto. Ante la perplejidad que le producía contemplar aquel escenario desfigurado por el aniquilamiento, se sintió el ser más diminuto y efímero, aplastado como las ranas que pisan las bestias.

Supo medir su pequeñez.

Bajo la inmensidad grisazul del cielo, se comparó con los insectos y le quedó grande el tamaño de los invertebrados.

Quizá ahora, para refugiarse en la perennidad de lo ignoto, sintiéndose diminuto, no le quedaba sino la esperanza de bajar al pozo; aunque allí, según temía, sumergido en la hediondez, sin poderlo impedir, lamería, chuparía y tragaría la inmundicia, aquella putridez del fango, acumulada en el fondo de la ciénaga (depósito, según podía ver, vertedero además, de cuanta porquería defeca una ciudad).

¿Sería aquél su destino?

¿Cómo no descender hasta lo hondo de las aguas negras, donde —finalmente, al transformarse en larva, como un microbio— terminaría por perderse como un desterrado en el foso de las pestilencias?

Sin alternativa, en aquella encrucijada de podredumbres, sin saber a dónde iba, al atraparlo tan duras contradicciones, casi vencido por la conformidad, ante las calamidades, entendió que su destino no podía ser el extravío, la fuga fácil, la locura, sino negarse a volver.

Y no detuvo sus pasos •

